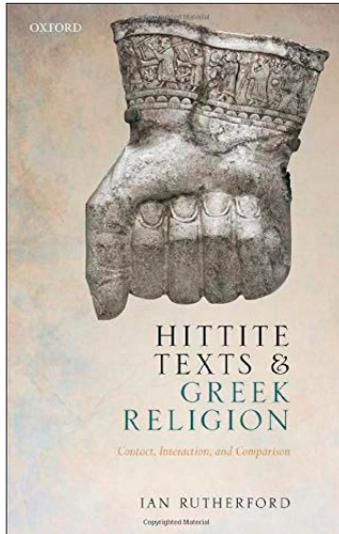


HITTITE TEXTS & GREEK RELIGION



RUTHERFORD, IAN (2020).
Hittite Texts & Greek Religion. Contact, Interaction, and Comparison. Oxford: Oxford University Press, 385 pp., 98,87 € [ISBN: 978-0-1995-9327-9].

JUAN ANTONIO ÁLVAREZ-PEDROSA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
japedros@ucm.es

EL TEMA DE LAS RELACIONES ENTRE LOS HITITAS Y LOS GRIEGOS micénicos ha dado lugar a una abundante bibliografía desde que Emil Orgetorix Forrer propusiera en 1924 la identificación de los Ahhiyawa que aparecen repetidamente en los textos hititas con los aqueos. Como es bien sabido, dicha propuesta fue recibida con un gran escepticismo por la comunidad científica de la época; sin embargo, el tiempo ha

venido a dar la razón al estudioso suizo y los materiales que demuestran la existencia de intensos contactos culturales, políticos y lingüísticos entre los griegos micénicos y los hititas no han dejado de crecer desde las primeras identificaciones, tal como detalla el autor (a partir de ahora R.) en el Estado de la cuestión (pp. 7-11). La presente monografía busca ocuparse de los contactos y eventuales préstamos o difusiones de elementos de carácter religioso entre ambas culturas; su modelo explicativo parte, por tanto, de la idea de la existencia de un contacto cultural intenso, mucho más que de los antiguos modelos metodológicos del origen común como explicación de los parecidos. El método empleado en el estudio de los distintos casos que aborda es el comparativo, que se combina con el estudio de las tendencias regionales y la historia de las prácticas religiosas, todo ello combinado con datos históricos. R. insiste que uno de los objetivos principales de la comparación no es solo identificar las similitudes, sino también las diferencias, que pueden ser tan informativas como las primeras. Enfrentado a tantísimo material, el plan de la obra es estudiar a fondo dos temas principales: 1) poner el foco en las zonas y contextos históricos donde pudo darse el contacto (capítulos 5-8) y 2) analizar aspectos específicos de ambas religiones (capítulos 9-12).

El capítulo 2 (pp. 18-58) presenta una excelente y recomendable introducción al complejo mundo de la religión hitita, que conocemos de una manera privilegiada por la enorme cantidad de textos de contenido religioso que se han conservado en el archivo de Boğazköy: R. hace un somero resumen del contexto histórico y de las fuentes; una de las novedades del estudio es la incorporación del análisis de los diversos estratos etnolingüísticos de la religión hitita: R. ha trabajado en equipo con los investigadores que actualmente están estudiando este asunto (Alice Mouton e Ilya Yakubovich) y su conocimiento de los estratos hurrita y luvita de la composición de los textos religiosos hititas resulta muy productivo. Hace también una rápida introducción a los santuarios y espacios sagrados, aunque desde mi punto de vista su introducción al panteón es quizá demasiado sucinta, para la abundancia y complejidad de los dioses. Bajo el epígrafe “Elementos clave de la religión” (pp. 34-49), analiza los vínculos entre religión y política, sobre todo en las personas del rey y la reina; la estructura ritual, comenzando por los festivales y siguiendo por la adivinación; los informes rituales y la magia analógica; el sistema sacrificial, los rituales relativos a las divinidades el inframundo; canto e invocaciones; plegarias; narraciones míticas y uso ritual. Otro epígrafe importante es el que tiene que ver con la conservación de los rasgos culturales hititas en los reinos neohititas y Anatolia de la Edad de Hierro (pp. 49-58) y la continuidad religiosa en el SE y O de Anatolia.

En el capítulo 3 (59-78) lleva a cabo un resumen sobre la religión griega desde el Bronce tardío hasta el Primer milenio a.C. Se trata de una empresa complicada,

por la enormidad de los materiales y de hecho, en una de las partes de mayor interés, la referida a la religión micénica, se echa en falta todo lo referente a las tablillas de Tebas; en cuanto a la religión de época clásica, R. resalta los elementos de continuidad entre la religión micénica y la del Primer Milenio, sobre todo en teónimos; pero también pone el acento en los cambios, de la estructura palacial a la religión cívica de las *poleis*, dentro de nuestras carencias de conocimiento de la religión micénica.

Un interesante apartado lo constituye la difusión de la religión griega en Anatolia, especialmente en las zonas meridional y sudoriental (pp. 73-78) y la interacción de las antiguas continuidades hititas y los modelos religiosos importados.

En el capítulo 4 (pp. 79-96) R. aborda una reflexión metodológica sobre la comparación de datos religiosos y la aproximación histórica y tipológica. Pone el foco en los materiales comparativos en áreas en las que hititas y griegos han estado en contacto, por ejemplo, la costa anatolia occidental. Asimismo, identifica los problemas que plantean la comparación de rituales en detalle y el eventual carácter universal que pueden tener algunos de ellos. En ocasiones, la detallada información que contienen los informes rituales hititas nos ayuda a comprender mejor los rituales griegos, como es el caso de los rituales de purificación, el uso de los mitos en los rituales o los sacrificios humanos en contexto militar. Más cauto se muestra R. con los casos de difusión y préstamo: un buen ejemplo es la hepatoscopia, pues los testimonios de difusión de oriente a occidente se pueden datar bastante bien. Los agentes de dicha difusión pueden haber sido múltiples y haber actuado durante un largo periodo de tiempo. Añade dos casos de estudio para demostrar el potencial de la metodología comparativa: los dioses que desaparecen en ambas tradiciones religiosas y el valor religioso de la bolsa del cazador: hit. *kursa*, símbolo de prosperidad, comparable a la égida de la mitología griega.

El capítulo 5 (pp. 98-119) se ocupa de los contactos religiosos durante el Bronce tardío. Proporciona una larga y actualizada introducción histórica sobre los contactos de Ahhiyawa y los hititas. Las pruebas del contacto religioso son limitadas, pero muy interesantes: es el caso de un texto oracular que informa del envío de dos divinidades (es de suponer que son dos estatuas cuyos nombres no se mencionan) de Ahhiyawa y Lazpa (Lesbos) a Hattusa para un ritual de purificación y curación del rey Mursili II, donde se ve en aplicación la ideología incorporacionista hitita. Más conocido es la referencia al dios Apaliuna en el tratado entre Muwatalli y Alaksandu de Wilusa; casi todos los estudiosos están hoy de acuerdo en que Apaliuna es Apolo. El problema sigue estando en cómo se ha convertido en dios tutelar de Wilusa; lo más probable es que sea una divinidad griega o pre-griega que ha entrado en la Tróade por influencia griega (p. 113). Un caso de influencia en dirección contraria, de Anatolia a Grecia, lo constituye la Potnia Aswiya micénica, la “Soberana de Asuwa”.

En el capítulo 6 (pp. 120-143) se identifica una zona geográfica de contacto privilegiado Arzawa (Anatolia occidental), por lo que se analizan los rituales conservados en el archivo de Hattusa con adscripción a esta zona, o atribuidos a un especialista ritual de esta zona, y se describen sus características principales, así como las divinidades de la zona y los agentes que los realizaban. La conclusión es que hay un tipo de ritual predominante, el que usa el animal sustitutorio adornado con guirnaldas, y los llevados a cabo por augures. Los paralelos detectables en el ámbito griego son los rituales militares en Homero y Polieno: cf. el ritual de purificación del ejército llevado a cabo por Calcante en la *Ilíada*, que sería un augur de tipo arzaweo; por su parte, Polieno recoge un ritual militar jonio que llevaba a cabo una sacerdotisa y que comportaba el uso de un animal adornado, como en la tradición de Arzawa. Por este mismo motivo, los rituales griegos localizados en Jonia, Atenas, Abdera y Marsella, en los que aparecen *pharmakoi*, hombres con función expiatoria, también se podrían relacionar con un origen arzaweo. En las pp. 140-142 R. analiza el complejo problema del origen de la toma de augurios en ámbito griego: puede tener su origen en Arzawa, pero también en ámbito mesopotámico; la amplia difusión por el Mediterráneo de esta práctica complica aún más el asunto.

El capítulo 7 (pp. 144-162) se ocupa de la comparación entre dos textos que versan sobre el mito de la generación de dioses: por el lado griego la *Teogonía* de Hesíodo y por el lado hitita la *Canción de Kumarbi*, ahora conocido como la *Canción de Salir Adelante* (CTG 344), que es su título en hitita. La información cosmogónica se complementa con el contenido de otro texto, *Ea y el monstruo*. Desde que Forrer llamó la atención sobre el parecido entre ambos textos, los diversos estudiosos que se han ocupado sobre el tema durante ochenta años han estudiado los parecidos: tres estadios de dioses que se suceden en la realeza del cielo; entre el estadio 1 y el 2 se produce la emasculación de un dios; los dioses del estadio 3 crecen dentro de un miembro de un dios del estadio 2; un dios traga una piedra pensando que es otro dios: en ambos casos la piedra se convierte en un objeto religioso; un dios produce el nacimiento de otro a través de su cabeza; un dios nace del semen de otro. Pero además de los parecidos hay diferencias importantes. En otro ciclo de textos que pueden ser sujetos de comparación, relativos al reinado en el cielo, Tessub se enfrenta a varios oponentes: son la *Canción de Hedammu*, la *Canción de Ullikummi*, la *Canción del Mar* y la *Canción de Kurunta*; todos ellos recuerdan a diversas batallas de Zeus de la mitología griega: contra los Titanes y contra Tifón. R. también subraya las diferencias existentes entre ambas tradiciones. Además de estas narraciones, ha sobrevivido un mito hitita sobre un desastre cósmico: el mito de Illuyanka, que tiene un gran parecido con el mito de Tifón, no tal como está conservado en la versión hesiódica, sino en las de Apolodoro, Opiano (que conservaría una tradición propia de Cilicia, un

territorio que conservaría la tradición luvita) y Nonno de Panópolis. En definitiva, todos los citados mitos griegos e hititas se corresponderían con el mismo contexto: Cilicia, Chipre y costa siria, donde luvitas, fenicios y griegos coexistieron y mantuvieron un prolongado contacto cultural. Probablemente, Ugarit jugó un papel muy relevante en este contacto; dado que los mitos hititas son de origen hurrita, R. defiende que tanto hititas como griegos tomaron estos mitos como préstamo en dicho ámbito.

El capítulo 8 (pp. 163-183) se ocupa de la zona de contacto de Frigia y su elemento religioso más característico, Cibele. Esta diosa sin duda es el mejor ejemplo de una divinidad de origen anatolio adoptada por los griegos, pero es difícil elucidar si esta adopción remonta al Bronce tardío, pues existe una diosa madre poderosa en el panteón hitita, dicho fenómeno se produce en época posterior, pues los detalles apuntan más bien a un desarrollo específico en Frigia, donde se produciría el contacto con los griegos. Sin embargo, el proceso de préstamo o adaptación puede seguir varias posibilidades, pues los griegos ya tenían su propia diosa madre poderosa, por lo que también cabría un proceso de “traslación”.

El capítulo 9 (pp. 184-206) se ocupa de una comparación general de los panteones hitita y griego. R. explora los teónimos que pueden constituir un préstamo entre las culturas: Hasamili puede haber pasado en préstamo a Casmilo (el hermano de los Cabiros); ese puede ser el caso también del dios de la guerra: Yarri, que se adaptó como Ares, y de Pegaso y el dios de la Tormenta *pihassassi*; más complicada y difícil de demostrar es la relación entre Telipinu y Apolo Delfinio. No hay traducciones directas de divinidades anatólicas al griego hasta el Primer milenio. Por su parte, Hécate tiene dos divinidades candidatas para su comparación en el lado anatolio: la Diosa Sol de la Tierra y Kamrusepa; dado que los propios griegos consideraban que Hécate era una diosa de origen cario, es posible que estemos ante un caso de externalización: una proyección de una divinidad ctónica originaria a la que se atribuye un carácter extranjero para justificar sus rasgos crueles o bárbaros. Por su parte, aunque se han buscado paralelos anatólicos para Dioniso, el único elemento comparable seguro es el nombre del tirso, cf. hit. *tuwaris(a)*-. En suma, los testimonios de contacto y préstamo para los teónimos son más bien escasos, de modo que el autor se suma a la hipótesis de Cline (1991) según la cual el embargo comercial que los hititas aplicaron a los Ahhiyawa afectó también al intercambio de dioses.

En el capítulo 10 (pp. 209-225) se analizan rituales militares comparables en ambas tradiciones religiosas. Un candidato posible para ser considerado préstamo de la tradición hitita a la griega es el ritual de purificación por el que un ejército pasaba entre las piezas de un hombre, un cachorro y un cerdito partidos por la mitad. En conexión con este aspecto están los sacrificios que se llevaban a cabo antes de la batalla, particularmente sacrificios humanos. Otros paralelos estudiados por el autor son

suggerentes, pero no conclusivos y la mayoría de ellos se englobarían en tradiciones más amplias que afectan a todo el Mediterráneo y Mesopotamia.

El capítulo 11 (pp. 227-246) estudia las similitudes y sobre todo las diferencias entre las grandes festividades públicas hititas y griegas, los festivales y su vínculo con los calendarios.

Finalmente, el capítulo 12 (pp. 247-271) aborda el problema del sacrificio animal en ambas culturas, que comparten algunos rasgos fundamentales, como la distinción entre el sacrificio ordinario y el que se dirige a las divinidades ctónicas; la distinción entre el sacrificio ordinario y aquel en el que se consume la víctima por fuego; la distinción entre la porción que se reserva a los dioses y la que consumen los humanos, aunque aquí las diferencias son notables; finalmente, la existencia de algunos sacrificios animales con función netamente apotropaica. No cabe excluir elementos de herencia común y otros producidos por el prolongado contacto cultural.

El libro concluye con un Epílogo (pp. 272-275) a modo de recapitulación, un Apéndice (pp. 277-284) donde se recogen las ediciones y traducciones de los textos hititas más citados, la bibliografía y un índice de nombres propios.

En resumen, se trata de una monografía actualizada y muy recomendable tanto para el estudio de religiones en contacto desde una perspectiva metodológica general, como para el mejor conocimiento de los elementos religiosos compartidos entre Anatolia del Bronce tardío y Primera Edad de Hierro y Grecia. Es una lástima que R. no conozca mejor la bibliografía en español sobre el tema, pues hay mucha producción científica, especialmente de los profesores Bernabé y García Trabazo, que le hubiera resultado de mucha utilidad.